

Imperialismo y barbarie



James Petras

IMPERIALISMO
Y BARBARIE



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Octubre de 2011

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: James Petras
© DE LA TRADUCCIÓN: Cada traductor
de su capítulo

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Código Postal 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 70 39 34
Fax 948 70 40 72
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL
NA-3196-2011

ISBN
978-84-8136-463-7

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Amagoia Arrastio

IMPRESIÓN
GRÁFICAS LIZARRA S.L.
Tafallako bidea, 1 km.
31132 Villatuerta - Nafarroa



ÍNDICE DE CONTENIDOS

LAS REDES DEL IMPERIO.....	11
1. Las redes del Imperio y la reordenación del poder mundial	11
1.1. Las redes imperiales: el esencial papel de los colaboradores	13
1.2. Secuencias imperiales: de la guerra para la explotación a la explotación para la guerra	16
1.3. Clientes, aliados y regímenes títeres	18
2. Imperialismo y barbarie imperialista.....	24
2.1. Pasado y presente del imperialismo económico	26
2.2. El surgimiento y consolidación de la barbarie imperial	28
2.3. Los medios y objetivos de la barbarie imperialista.....	31
2.4. Consecuencias y perspectivas	33
3. La tendencia a la barbarie y las perspectivas para el socialismo.....	35
3.1. La marea creciente de barbarie	36
3.2. Mitos y realidades del capitalismo histórico	39
3.3. Las respuestas masivas al auge de la barbarie.....	40
3.4. Perspectivas para el socialismo.....	40
4. El conflicto entre China y EEUU se recrudece.....	42
4.1. Las potencias imperiales establecidas	44
4.2. Diferencias entre centros imperiales y diásporas	52
4.3. Las respuestas de EEUU a la decadencia imperial: sacrificar el país para salvar el Imperio	58
4.4. Las estrategias para socavar, debilitar y excluir a China como potencia imperial emergente	61
4.5. La versión china del reequilibrio económico: las nuevas contradicciones	73

4.6. La confrontación externa o la reestructuración interna de EEUU	75
4.7. La transición de Imperio a República	78
4.8. Conclusión	81
SOCIALISMO LATINOAMERICANO EN EL SIGLO XXI	87
1. Sendas hacia el desarrollo capitalista del siglo XXI	87
1.1. El capitalismo del siglo XXI: continuidades y cambios	89
1.2. La situación del Estado en la América Latina del c XXI	91
1.3. Comparar las sendas «ortodoxa» y «heterodoxa» hacia el capitalismo del siglo XXI	94
1.4. Los resultados divergentes de los modelos heterodoxo y ortodoxo del c XXI	96
1.5. Perú: una versión híbrida de las estrategias heterodoxas	98
1.6. Crisis económicas, levantamientos y la senda del siglo XXI hacia el capitalismo	99
2. El Imperio contraataca (y pierde)	102
2.1. La política estadounidense hacia Venezuela: aunar tácticas militares y electorales	107
2.2. El factor FARC	109
2.3. Conclusión	110
3. Globalización imperial y movimientos sociales en Latinoamérica	113
3.1. Globalización: Clase, Estado y Economía	114
3.2. Movimientos sociales	116
3.3. Hipótesis clave	117
3.4. Poniendo a prueba la hipótesis: Latinoamérica 1980-2010	118
3.5. Conclusión	121
4. El socialismo del siglo XXI en su contexto histórico	122
4.1. La crítica del neoliberalismo	122
4.2. Crítica al socialismo del siglo XX	124
4.3. Crítica de los gobiernos socialistas del siglo XXI	126
4.4. Venezuela: la cuna del socialismo del siglo XXI	127
4.5. ¿Qué hay de nuevo en el socialismo del siglo XXI venezolano?	129
4.6. Ecuador	132
4.7. Crítica del socialismo del siglo XXI ecuatoriano	133
4.8. El socialismo boliviano: capital blanco, trabajo indígena	135
4.9. Los cambios sociales	136
4.10. Crítica del socialismo del siglo XXI boliviano	138
4.11. Análisis histórico comparativo de tres casos de socialismo del siglo XXI	143
4.12. Socialismo del siglo XXI y socialdemocracia del siglo XX	144
4.13. El socialismo del siglo XXI: ¿una historia nueva o un proceso político cíclico?	145
4.14. Algunos cambios histórico-estructurales mundiales	149
4.15. Conclusión	151

MUNDO ÁRABE: REVUELTAS, IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE

Y BARBARIE SIONISTA	159
1. Las raíces de las revueltas árabes y lo prematuro de las celebraciones	159
1.1. La naturaleza de las economías árabes	160
1.2. El gobierno rentista: por las armas y las dádivas	162
1.3. Desestabilización neoliberal	163
1.4. La Calle contra Palacio	164
1.5. La convergencia de condiciones y el «efecto demostración»	166
1.6. Conclusión	167
2. El sionismo estadounidense frente al movimiento egipcio por la democracia	169
3. Sacrificar dictadores para salvar al Estado.....	174
3.1. Antecedentes históricos	174
3.2. Las lecciones del pasado y la política actual	176
4. Egipto: los movimientos sociales, la CIA y el Mossad	179
4.1. Los límites de los movimientos sociales	179
4.2. La rebelión del pueblo: los fracasos de la CIA y el Mossad	181
5. Los crímenes de guerra de Israel: del <i>uss Liberty</i> estadounidense a la Flotilla de la Libertad de Gaza	186
5.1. La respuesta del mundo.....	187
5.2. La defensa israelí de la piratería y el terrorismo de Estado.....	188
5.3. La configuración del poder sionista estadounidense: en defensa de la masacre	190
5.4. La respuesta de Obama al terrorismo de Estado israelí	191
6. La guerra de EEUU contra Irak: la destrucción de una civilización.....	195
6.1. La destrucción de una moderna civilización árabe	201
6.2. Asesinatos	203
6.3. Advirtiendo a Irán	207
6.4. Conclusión	207

1. Las redes del Imperio y la reordenación del poder mundial

Traducido por Ricardo García Pérez

LOS ESTADOS IMPERIALES CONSTRUYEN REDES que vinculan las actividades económicas, militares y políticas en un sistema coherente en el que se refuerzan entre sí. Las diversas instituciones del Estado imperial son las que en buena medida desarrollan esa tarea. Así, la acción imperial no siempre es de naturaleza económica directa, puesto que en un país o región puede ser precisa la acción militar para abrir o proteger zonas económicas. Tampoco todas las acciones militares se deciden por intereses económicos si el sector líder del Estado imperial es decididamente militarista.

Es más, la secuencia de la acción imperial puede variar según las condiciones específicas necesarias para construir el Imperio. Así, la ayuda estatal puede servir para comprar colaboradores y la intervención militar se puede utilizar para conseguir regímenes clientes a los que después siguen inversores privados. En otras circunstancias, la entrada de empresas privadas puede preceder a la intervención del Estado.

En la penetración militar y/o económica, tanto privada como estatal, en apoyo de la construcción del Imperio, la finalidad estratégica es explotar los elementos económicos y geopolíticos particulares del país en cuestión con el fin de crear redes que giren en torno al Imperio. En el mundo colonial posteurocéntrico, la posición privilegiada de Estados Unidos en sus políticas, tratados, acuerdos comerciales y militares en torno al Imperio se disfrazan y justifican mediante una pátina ideológica que varía con el tiempo y las circunstancias. En la guerra librada para desintegrar Yugoslavia y establecer regímenes clientes, como Kosovo, la ideología imperial se sirvió de la retórica humanitaria. En las guerras genocidas de Oriente Próximo ocupa un papel central la ideología antiterrorista y antiislámica. Contra China predomina la retórica democrática y de Derechos Humanos. En América Latina, la potencia imperial en retirada depende de la retórica democrática y antiautoritaria esgrimida contra el Gobierno democráticamente elegido de Chávez.

La efectividad de la ideología imperial es directamente proporcional a la capacidad del Imperio de promover alternativas de desarrollo viables y dinámicas en los países que se fija como blanco. Con ese criterio, la ideología imperial ha ejercido poco poder de persuasión entre las poblaciones diana. La fobia islámica y la retórica antiterrorista no han causado ningún impacto en los pueblos de Oriente Próximo y ha perdido el apoyo del mundo islámico. Las lucrativas relaciones comerciales de América Latina con el Gobierno de Chávez y la decadencia de la economía estadounidense han socavado la campaña ideológica de Washington para aislar a Venezuela. La campaña estadounidense en favor de los Derechos Humanos contra China ha sido absolutamente ignorada en la Unión Europea, África, América Latina, Oceanía y las 500 multinacionales más grandes de Estados Unidos (y hasta por el Departamento del Tesoro estadounidense, que se ha

dedicado a vender bonos a China para financiar el creciente déficit presupuestario estadounidense).

La débil influencia de la propaganda imperial, y la cada vez menor capacidad de influencia económica de Washington, significa que las redes imperiales estadounidenses forjadas en el último medio siglo han sufrido la erosión o, cuando menos, están sometidas a fuerzas centrífugas. Las redes antes bien integradas en Asia son hoy simples bases militares conforme las economías de la región van obteniendo mayor autonomía y se orientan hacia China y otros lugares. Dicho de otro modo: hoy día las redes imperiales se están transformando en destacamentos para operaciones limitadas, en lugar de ser núcleos de saqueo económico imperial.

1.1. Las redes imperiales: el esencial papel de los colaboradores

La construcción de un imperio es esencialmente un proceso de implantación en un país o región para establecer una posición privilegiada y conservar el control con el fin de:

- 1) Asegurar recursos lucrativos, mercados y mano de obra barata.
- 2) Establecer una plataforma militar que se pueda expandir hacia países y regiones vecinas.
- 3) Fundar bases militares para asegurar una presa sobre rutas terrestres o marítimas estratégicas con el fin de denegar o limitar el acceso a competidores o adversarios.
- 4) Desarrollar actividades clandestinas o de inteligencia contra adversarios y competidores.

La Historia ha demostrado que el menor coste para mantener la dominación imperial a largo plazo y gran escala es buscar colaboradores locales en forma de dirigentes políticos, económicos y/o militares que actúen desde los regímenes clientes. El gobierno político-militar imperial declarado se traduce en guerras muy caras y en perturbaciones, sobre todo

para un amplio espectro de clases negativamente afectadas por la presencia imperial.

La formación de gobernantes y clases colaboradoras es fruto de diversas políticas imperiales a corto y a largo plazo, que comprenden desde las actividades militares directas, electorales y extraparlamentarias hasta el reclutamiento, la formación y la orientación a medio o largo plazo de líderes jóvenes y prometedores a través de propaganda y programas educativos, incentivos económico-culturales, promesas de respaldo político y económico cuando asuman cargos políticos y mediante apoyo económico clandestino.

El atractivo básico de los legisladores imperiales para las «nuevas clases gobernantes» en los Estados clientes emergentes es la oportunidad de participar en un sistema económico ligado a los centros imperiales, en el que las elites locales comparten riqueza con sus benefactores. Para recabar el apoyo de las masas, las clases colaboradoras enmascaran las nuevas formas de servidumbre imperial y explotación económica haciendo énfasis en la independencia política, la libertad personal, la oportunidad económica y el consumo privado.

Los mecanismos para la transferencia de poder a un Estado cliente emergente combinan propaganda imperial y financiación de organizaciones de masas y partidos políticos, con golpes de Estado violentos o «levantamientos populares». Los regímenes autoritarios con burocracias basadas en el control policial para limitar o combatir la expansión imperial son «objetivos blandos». Las campañas selectivas de Derechos Humanos se han convertido en el arma organizativa más eficaz para reclutar activistas y promocionar a dirigentes del nuevo orden político centrado en el Imperio. Una vez que se lleva a cabo la transferencia de poder, los antiguos miembros de la elite política, económica y cultural son proscritos, reprimidos, detenidos y encarcelados. Emerge entonces una nueva cultura política homogénea de partidos rivales que suscriben el universo centrado en el Imperio. La primera orden de nego-

cio más allá de la purga política es la privatización y la cesión de los principales activos de la economía a las empresas imperiales. Los regímenes clientes pasan a suministrar soldados para que se alisten como mercenarios en guerras imperiales y a transferir bases militares a las tropas imperiales con el fin de que ejerzan de plataformas de intervención. Toda la «farsa de la independencia» va acompañada del desmantelamiento generalizado de los programas públicos de bienestar social (pensiones, sanidad y educación gratuitas), la legislación laboral y las políticas de pleno empleo. La promoción de una estructura de clases muy polarizada es la consecuencia última del gobierno cliente. Las economías de los regímenes clientes centrados en el Imperio, como una réplica de cualquier Estado sátrapa común y corriente, se justifican (o se legitiman) en nombre de un sistema electoral apodado democrático; en realidad, es un sistema político dominado por las nuevas elites capitalistas y sus medios de comunicación bien financiados.

Los regímenes centrados en el imperio y dirigidos por elites colaboradoras que van desde los Estados Bálticos, Europa Central y del Este hasta los Balcanes son el ejemplo más asombroso de expansión imperial del siglo xx. La desintegración y apropiación de la Unión Soviética y el bloque del Este y su incorporación a una OTAN dirigida por Estados Unidos y a la Unión Europea desencadenó manifestaciones de orgullo imperial. Washington realizó declaraciones prematuras de que el mundo era unipolar mientras Europa Occidental se dedicaba a saquear recursos públicos que iban desde las fábricas hasta las propiedades inmobiliarias, explotando mano de obra barata, extranjera y procedente de la inmigración, con lo que reclutó un formidable «ejército de reserva» para socavar los niveles de vida de la mano de obra sindicada de Occidente.

La unidad de acción de los regímenes imperiales europeos y estadounidenses facilitó la apropiación conjunta de la riqueza de regiones nuevas por parte de monopolios privados. Los «Estados imperiales» subvencionaron en un princi-

pio a los nuevos regímenes clientes con transferencias y préstamos a gran escala con la condición de que permitieran que las empresas imperiales se apoderaran de los recursos, las fincas, la tierra, las fábricas, el sector servicios, los grandes núcleos mediáticos, etcétera. Unos Estados muy endeudados pasaron de una crisis aguda en el periodo inicial a un crecimiento «espectacular» y, luego, a una crisis social profunda y crónica con tasas de desempleo de dos cifras en los 20 años del periodo de construcción de clientes. Aunque hubo protestas de los trabajadores cuando los salarios se degradaron, el desempleo aumentó, se recortaron prestaciones sociales y se propagó la miseria. Sin embargo, la «nueva clase media» inserta en los aparatos políticos y mediáticos y en las iniciativas económicas conjuntas estaba lo bastante bien financiada por instituciones económicas del Imperio para preservar su supremacía.

No obstante, la dinámica de expansión imperial en Europa oriental, central y meridional no proporcionó el impulso necesario para el avance estratégico debido a la ascendencia de un capital financiero muy volátil y de una casta militar poderosa en los núcleos políticos euroamericanos. En aspectos importantes, la expansión militar y política dejó de ir emparejada a la conquista económica. Era más cierto lo contrario: el saqueo económico y la supremacía política sirvieron como instrumentos para proyectar el poderío militar.

1.2. Secuencias imperiales: de la guerra para la explotación a la explotación para la guerra

Las relaciones entre las políticas militares imperiales y los intereses económicos son complejas y cambian con el tiempo y el contexto histórico. En algunas circunstancias, un régimen imperial invertirá con fuerza en personal militar e incrementará los gastos monetarios para derrocar a un gobernante antiimperialista y establecer un régimen cliente que trascien-

da cualquier beneficio económico estatal o privado. Por ejemplo, las guerras de Estados Unidos en Irak y Afganistán o las guerras por el poder en Somalia y Yemen no han arrojado mayores beneficios para las multinacionales estadounidenses ni han aumentado la explotación privada de materias primas, mano de obra o mercados. En el mejor de los casos, las guerras imperiales han proporcionado beneficios a contratistas de mercenarios, empresas de construcción e «industrias de la guerra» anexas porque se han beneficiado de las transferencias del Tesoro y de la explotación de contribuyentes estadounidenses, en su mayoría asalariados.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el Estado imperial estadounidense emergente no escatimó préstamos multimillonarios y programas de ayuda para Europa Occidental. El Plan Marshall impidió levantamientos sociales anticapitalistas y restableció la supremacía política capitalista. La medida permitió que apareciera la OTAN (una alianza militar liderada y dominada por Estados Unidos). A continuación, las empresas multinacionales estadounidenses invirtieron en Europa Occidental y comerciaron con ella obteniendo beneficios muy lucrativos una vez que el Estado imperial había creado unas condiciones políticas y económicas favorables. En otras palabras, la intervención político-militar del Estado imperial precedió al auge y la expansión del capital multinacional estadounidense. Un análisis miope y a corto plazo de la actividad inicial de la posguerra minimizaría la importancia de los intereses económicos estadounidenses privados como fuerza impulsora de la política estadounidense. Si se amplía el periodo de tiempo analizado a las dos décadas posteriores, la interacción entre los elevados gastos militares y económicos del Estado, al principio, con los elevados beneficios privados posteriores nos brinda un ejemplo perfecto de cómo opera el proceso del poder imperial.

El papel del Estado imperial como instrumento para abrir, proteger y expandir la explotación del mercado priva-

do, la mano de obra y la explotación de los recursos se corresponde con una época en la que tanto el Estado como las clases dominantes encontraban motivación fundamentalmente en la construcción de un imperio industrial.

La intervención militar y los golpes de Estado dirigidos por Estados Unidos en Irán (1953), Guatemala (1954), Chile (1973) y República Dominicana (1965) estuvieron vinculados a empresas e intereses económicos imperiales específicos. Por ejemplo, las empresas petroleras estadounidenses y británicas trataron de invertir el proceso de nacionalización del petróleo en Irán. La empresa estadounidense United Fruit Company se opuso a las políticas de reforma agraria en Guatemala. Las principales empresas estadounidenses del sector del cobre y las telecomunicaciones apoyaron y promovieron el golpe de Estado respaldado por Estados Unidos en Chile.

En cambio, las actuales intervenciones militares y guerras estadounidenses en Oriente Próximo, el sur de Asia y el Cuerno de África no están promovidas por multinacionales estadounidenses. Están promovidas por militaristas y sionistas encastrados en el Estado, medios de comunicación y organizaciones «civiles» poderosas. Los mismos métodos imperiales (golpes de Estado y guerras) sirven a diferentes gobernantes e intereses imperiales.

1.3. Clientes, aliados y regímenes títeres

Las redes imperiales comportan garantizar múltiples «bases de recursos» económicos, militares y políticos complementarios que pasen a formar parte del sistema imperial y, al mismo tiempo, conserven diferentes grados de autonomía política y económica.

En las primeras fases dinámicas de la construcción del Imperio estadounidense, aproximadamente desde la década de 1950 a la de 1970, las multinacionales y el conjunto de la

economía estadounidenses dominaron la economía mundial. Sus aliados en Europa y Asia dependían enormemente de los mercados, la financiación y el desarrollo de Estados Unidos. La hegemonía militar estadounidense se reflejaba en una serie de acuerdos militares regionales que garantizaban el apoyo casi instantáneo a las guerras regionales, los golpes militares y la construcción de bases militares y puertos navales estadounidenses en sus territorios. Los países se dividían en «sectores de especialización» que servían a los intereses particulares del Imperio estadounidense. Europa Occidental era un destacamento militar, un socio industrial y un colaborador ideológico. Asia, sobre todo Japón y Corea del Sur, ejercían de «destacamentos militares de primera línea» y de socios comerciales. Indonesia, Malasia y Filipinas eran en esencia regímenes clientes que suministraban materias primas y bases militares. Singapur y Hong Kong eran almacenes financieros y comerciales. Pakistán era un régimen militar cliente que actuaba como elemento de presión contra China.

Arabia Saudí, Irán y los pequeños Estados del Golfo Pérsico, gobernados por regímenes autoritarios clientes, suministraban petróleo y bases militares. Egipto, Jordania e Israel afianzaban los intereses imperiales en Oriente Próximo. Beirut ejercía de centro financiero para los banqueros estadounidenses, europeos y de Oriente Próximo.

África y América Latina albergaban regímenes tutelados y nacionalistas-populistas que eran una fuente de materias primas y de mercados para manufacturas y mano de obra barata.

La prolongada guerra entre Estados Unidos y Vietnam y la posterior derrota de Washington erosionó el poder del Imperio. La expansión industrial de Europa Occidental, Japón y Corea del Sur puso en cuestión la supremacía industrial estadounidense. La búsqueda en América Latina de políticas nacionalistas y de reemplazo de importaciones forzó el desplazamiento de la inversión estadounidense hacia las manufacturas extranjeras. En Oriente Próximo, los movimientos

nacionalistas derrocaron a clientes estadounidenses en Irán e Irak y socavaron los destacamentos militares. Las revoluciones de Angola, Namibia, Mozambique, Argelia, Nicaragua y otros lugares redujeron el acceso euroamericano «indefinido» a las materias primas, al menos al principio.

El declive del Imperio estadounidense se vio detenido temporalmente por el derrumbamiento del comunismo en la Unión Soviética y en Europa del Este y el establecimiento de regímenes clientes en toda la región. Asimismo, entre mediados de la década de 1970 y finales de la de 1990 el recrudecimiento de regímenes vasallos centrados en el Imperio en América Latina produjo la impresión de cierta recuperación imperialista. Sin embargo, la década de 1990 no fue el principio de una reedición del despegue imperial de comienzos de la de 1950: fue un «último hurra» antes de un declive irreversible a largo plazo. La totalidad del aparato político, que tanto éxito había tenido en sus actividades clandestinas para subvertir los regímenes soviético y de Europa del Este, desempeñó un papel marginal cuando llegó el momento de capitalizar las oportunidades económicas subsiguientes. Alemania y otros países de la Unión Europea encabezaron la conquista de empresas lucrativas privatizadas. Los oligarcas ruso-israelíes (siete de los ocho primeros) conquistaron y saquearon industrias estratégicas privatizadas, bancos y recursos naturales. Los principales beneficiarios estadounidenses fueron los bancos y las empresas de Wall Street que lavaron miles de millones de beneficios ilícitos y recaudaron cuotas muy lucrativas de fusiones, adquisiciones, registro de inventarios y otras actividades poco transparentes. Dicho de otro modo, el derrumbamiento del colectivismo soviético fortaleció al sector financiero parasitario del Imperio estadounidense. Peor aún, la presunción promovida por los ideólogos estadounidenses de que el mundo, a partir de entonces, era «unipolar», hizo el juego a los militaristas, que entonces daban por sentado que habían desaparecido las restricciones anteriores contra los

ataques militares estadounidenses a nacionalistas y aliados soviéticos. En consecuencia, la intervención militar se convirtió en la principal fuerza impulsora de la construcción del Imperio estadounidense, que desembocó en la primera Guerra de Irak, la invasión de Yugoslavia y Somalia y la expansión estadounidense de bases militares por todo el bloque de la antigua Unión Soviética y Europa del Este.

En el momento culminante del poderío político y militar global de Estados Unidos, en la década de 1990, con todos los regímenes latinoamericanos importantes revestidos del envoltorio neoliberal centrado en el Imperio, arraigaron las semillas de la decadencia y el declive. La crisis económica de finales de la década de 1990 desencadenó levantamientos importantes y derrotas electorales de prácticamente todos los clientes estadounidenses de América Latina y profetizó el declive del dominio imperial norteamericano. El crecimiento extraordinariamente dinámico y acumulativo de China desplazó el capital manufacturero estadounidense y debilitó la capacidad de influencia estadounidense sobre los gobernantes de Asia, África y América Latina. La descomunal transferencia de recursos estatales estadounidenses para las aventuras imperiales en el exterior, las bases militares y el sustento de clientes y aliados llevó a la decadencia en el interior.

El Imperio estadounidense, que afronta con pasividad el desplazamiento que le imponen los rivales económicos en mercados esenciales y se ha entregado a guerras prolongadas e interminables que han vaciado sus arcas, atrajo a una cohorte de legisladores mediocres que carecían de una estrategia coherente para rectificar políticas y reconstruir el Estado al servicio de una actividad productiva capaz de «recuperar mercados». En cambio, las políticas de guerras indefinidas e insostenibles han favorecido a un subgrupo especial de militaristas (*sui generis*): los sionistas norteamericanos. Ellos han capitalizado su infiltración en cargos estratégicos del Estado y aumentado su influencia en los medios de comunicación y en una

inmensa red de «grupos de presión» organizados para reforzar la subordinación de Estados Unidos al impulso de Israel para la supremacía en Oriente Próximo.

El resultado ha sido el «desequilibrio» total del aparato imperial estadounidense: la acción militar estaba desengarzada de la construcción económica del Imperio. Una casta superior muy influyente de militaristas y sionistas enjaezó el poderío militar estadounidense a un Estado económicamente marginal (Israel), en hostilidad perpetua con los 1.500 millones de habitantes del mundo musulmán. Los ideólogos y legisladores sionistas norteamericanos promovieron unas instituciones y legislaciones represivas y una propaganda ideológica islamófoba igualmente nociva, concebida para aterrorizar a la población estadounidense. Asimismo, esa ideología ha servido para justificar la guerra permanente en el sur de Asia y Oriente Próximo y los presupuestos militares desorbitados en una época de condiciones socioeconómicas muy deterioradas en el interior. Se han gastado centenares de miles de millones de dólares de forma improductiva bajo el epígrafe de «Seguridad Nacional» con los que se pretende hacer todo lo posible para reclutar, entrenar, entrapar y detener a musulmanes afroamericanos acusados de ser «terroristas». Miles de agencias secretas con centenares de miles de funcionarios nacionales, estatales o locales han espiado a ciudadanos estadounidenses que en algún momento pudieron haber tratado de hablar o actuar para rectificar o reformar las políticas imperialistas económico-militares sionistas

Al final de la primera década del siglo XXI, el Imperio estadounidense solo podía destruir adversarios (Irak, Pakistán y Afganistán), provocar tensiones militares (península de Corea, Mar de China) y socavar las relaciones con socios comerciales potencialmente lucrativos (Irán, Venezuela). El autoritarismo galopante se fundió con el militarismo sionista quintacolumnista para fomentar la ideología islamófoba. La convergencia de mediocridades autoritarias, truhanes rampantes y

quintacolumnistas tribales leales del régimen de Obama descartan cualquier cambio previsible en el signo de la decadencia imperial.

En otras palabras, la red económica imperial estadounidense creada tras la Segunda Guerra Mundial y ampliada mediante el derrumbamiento de la URSS se encuentra en fase de decadencia, aun cuando las bases y los tratados militares sigan siendo una «plataforma» formidable para nuevas intervenciones militares.

Lo que está claro es que los beneficios militares, políticos e ideológicos de la construcción estadounidense de la red por todo el mundo, tras el derrumbamiento de la URSS y las guerras postsoviéticas, no son sostenibles. Por el contrario, la sobredimensión del aparato ideológico, militar y de seguridad despierta expectativas económicas y reduce los recursos económicos derivados de la incapacidad de explotar oportunidades económicas o consolidar redes económicas. Estados Unidos financió «levantamientos populares» en Ucrania que desembocaron en regímenes clientes incapaces de fomentar el crecimiento. En el caso de Georgia, el régimen se comprometió en una guerra aventurera con Rusia que se ha traducido en pérdidas comerciales y territoriales. Es cuestión de tiempo también que las vigentes administraciones de Arabia Saudí, Filipinas o México, por ejemplo, afronten levantamientos importantes debido a los precarios cimientos de gobierno de unos mandatarios corruptos, inmovilistas y represores.

El proceso de decadencia del Imperio estadounidense es al mismo tiempo causa y consecuencia del reto planteado por potencias económicas emergentes que establecen núcleos de crecimiento y desarrollo alternativos. Las transformaciones en el seno de países de la periferia del Imperio y el endeudamiento creciente y los déficit comerciales del «centro» del Imperio están erosionándolo. La clase dirigente estadounidense actual, en sus variantes financiera y militarista, no manifiesta voluntad ni interés por plantar cara a las causas de

la decadencia. Más bien se refuerzan mutuamente: el sector financiero reduce los impuestos, lo que aumenta la deuda pública y saquea las arcas estatales. La casta militar esquilma el erario en busca de guerras y destacamentos militares e incrementa el déficit comercial socavando conquistas comerciales y de inversión.

2. Imperialismo y barbarie imperialista

Traducido por Sinfo Fernández

El imperialismo, su carácter, medios y fines, han ido cambiando según la época y el lugar. Históricamente, el imperialismo occidental ha ido adoptando distintas modalidades: tributaria, mercantil, industrial, financiera y, en el período contemporáneo, una forma única de construcción del imperio «brutalmente militarista». Dentro de cada «período», «coexisten» con el modo dominante elementos de pasadas y futuras formas de dominación y explotación. Por ejemplo, en los antiguos Imperios griego y romano, los privilegios comerciales se complementaban con la extracción de pagos tributarios. El imperialismo mercantil se vio precedido y acompañado inicialmente por el saqueo de las riquezas y la extracción de impuestos, en ocasiones referido como «acumulación primitiva», donde el poder político y militar diezmaba a las poblaciones locales y extraía la riqueza, transfiriéndola obligatoriamente a las capitales imperiales. Cuando el ascendiente comercial imperial se consolidó, empezó a aparecer cada vez más, como copartícipe, el capital industrial, que se vio apoyado por las políticas estatales imperiales de manufacturación de productos que acabaron con los fabricantes nacionales locales consiguiendo controlar esos mercados. El imperialismo impulsó la industria moderna, combinó producción y comercio, ambos complementados y apoyados por el capi-

tal financiero y sus instrumentos auxiliares: los seguros, el transporte y otras fuentes de «ingresos invisibles».

Bajo las presiones de los movimientos nacionalistas y antiimperialistas socialistas, los imperios coloniales estructurados tuvieron que dar paso a nuevos regímenes nacionalistas. Algunos de ellos reestructuraron sus economías, diversificando sus sistemas productivos y socios comerciales. En algunos casos impusieron barreras protectoras para promover la industrialización. El imperialismo basado en la industria se opuso primero a estos regímenes nacionalistas, colaborando con los tiranos locales para deponer a los dirigentes nacionalistas que se orientaban hacia la industria. Su objetivo era conservar o restaurar la «división colonial del trabajo», la producción de base que se intercambiaba por productos terminados. Sin embargo, en la tercera parte del siglo xx, la construcción del imperio industrial empezó un proceso de adaptación saltando por encima de las barreras tarifarias, invirtiendo en formas elementales de «producción» y de fabricación intensiva de productos de consumo. Los fabricantes contrataron plantas de ensamblaje organizadas alrededor de productos ligeros de consumo (textiles, zapatos, productos electrónicos, etc.).

Sin embargo, esos cambios básicos en las estructuras políticas, sociales y económicas, tanto del imperio como de los antiguos países coloniales, llevaron por caminos divergentes a la construcción del imperio, lo que motivó actuaciones opuestas de desarrollo en ambas regiones.

El capital financiero anglo-estadounidense consiguió aventajar al industrial, invirtiendo en tecnología altamente especulativa, biotecnología, sector inmobiliario e instrumentos financieros. Los constructores del Imperio japonés y alemán decidieron modernizar las industrias de exportación para asegurarse los mercados exteriores. Como consecuencia, se aumentaron las cuotas de mercado, especialmente entre los países emergentes en la industria, como los del Sur de

Europa, Asia y Latinoamérica. Algunos antiguos países coloniales y semicoloniales evolucionaron también hacia formas más elevadas de producción industrial, desarrollando industrias de alta tecnología, produciendo capital e intermediarios así como productos de consumo, desafiando la hegemonía imperial de Occidente alrededor suyo.

En los primeros años de la década de 1990 se produjo un cambio básico en la naturaleza del poder imperial. Esto llevó a una profunda divergencia entre las políticas imperialistas pasadas y presentes y entre los regímenes expansionistas establecidos y los emergentes.

2.1. Pasado y presente del imperialismo económico

La construcción del Imperio Moderno de base Industrial (IMI) se lleva a cabo asegurando las materias primas, explotando mano de obra barata y aumentando las cuotas de mercado. Esto se ha logrado en colaboración con gobernantes maleables, ofreciéndoles reconocimiento político y ayuda económica en términos que superaban a los de sus competidores imperiales. Esa es la senda seguida por China. El IMI se abstiene de cualquier intento de obtener posesiones territoriales, ya sea en forma de bases militares o de posiciones ocupantes «consultivas» en el núcleo de instituciones del aparato coercitivo. En su lugar, el IMI trata de maximizar el control a través de inversiones que consigan la propiedad directa o «asociación» con el Estado y/o funcionarios privados en sectores económicos estratégicos. El IMI utiliza incentivos económicos en forma de subvenciones y préstamos concesionarios a bajo interés. Ofrece construir proyectos de infraestructuras de ferrocarriles, aeropuertos, puertos y autopistas a gran escala y a largo plazo. Estos proyectos tienen el doble objetivo de facilitar la extracción de la riqueza y abrir mercados a las exportaciones. El IMI mejora también las redes de transporte para los productores locales a fin de conseguir aliados políticos. Es

decir, que los IMI de China y la India dependen en gran medida del poder del mercado para ampliar o eliminar competidores. Su estrategia se basa en crear «dependencias económicas» para conseguir beneficios económicos a largo plazo.

En contraste, la barbarie imperial se desarrolla a partir de una fase anterior de imperialismo económico que combinó el uso inicial de la violencia para asegurar los privilegios económicos seguida del control económico sobre los recursos lucrativos.

Históricamente, el Imperialismo Económico (IE) recurrió a la intervención militar para derrocar a los regímenes antiimperialistas y asegurarse clientes políticos colaboradores. Posteriormente, el IE estableció bases militares y formó y envió misiones de asesoramiento para reprimir los movimientos de resistencia y asegurar una elite militar local receptiva al poder imperial. El objetivo era asegurar los recursos económicos y una dócil fuerza laboral para maximizar las rentabilidades económicas.

Es decir, en esta vía «tradicional» de la construcción del imperio económico, el ejército quedaba subordinado a la necesidad de maximizar la explotación económica. La potencia imperial trataba de preservar el aparato estatal postcolonial y el equipo profesional, utilizándolos para el nuevo orden económico imperial. El IE busca preservar a las elites para mantener la ley y el orden como cimientos básicos de la reestructuración de la economía. El objetivo era asegurar una serie de políticas que se adaptaran a las necesidades económicas de las corporaciones y bancos privados del sistema imperial. La táctica principal de las instituciones imperiales era designar profesionales educados en Occidente para que diseñaran políticas que maximizaran las ganancias privadas. Esas políticas incluían la privatización de todos los sectores económicos estratégicos; la demolición de todas las medidas protectoras («mercados iniciales») que favorecían a los productores locales; la implantación de impuestos regresivos

sobre los consumidores locales, trabajadores y empresas mientras reducían o eliminaban los impuestos y controles sobre las firmas imperiales; la eliminación de legislación laboral protectora y la ilegalización de las organizaciones independientes de clase.

En su apogeo, el imperialismo económico occidental llevó a la transferencia masiva de beneficios, intereses, *royalties* y riquezas espurias de las elites nativas de los países postcoloniales a los centros imperiales. En la medida en que el imperialismo postcolonial se adaptaba, los trabajadores, agricultores y empleados locales eran quienes soportaban los costes de administrar todas estas dependencias imperiales.

Aunque el imperialismo económico histórico y el contemporáneo tienen muchas similitudes, se aprecian varias diferencias importantes. Por ejemplo, tenemos el caso de China, el modelo principal de imperialismo económico contemporáneo, que no ha establecido sus «puestos de avanzada» mediante golpes o intervenciones militares, de ahí que no posea «bases militares» ni una casta militarista poderosa compitiendo con su clase empresarial a la hora de moldear la política exterior. A diferencia, el imperialismo económico occidental contenía las semillas para la aparición de una poderosa casta militarista capaz, en determinadas circunstancias, de afirmar su supremacía moldeando las políticas y prioridades de la construcción del Imperio.

Esto es exactamente lo que se ha transpirado en los últimos veinte años, especialmente con respecto a la construcción del Imperio estadounidense.

2.2. El surgimiento y consolidación de la barbarie imperial

El doble proceso de intervención militar y explotación económica que caracterizó al imperialismo occidental tradicional fue evolucionando gradualmente hacia una variante del

imperialismo dominante intensamente militarizada. Los intereses económicos, tanto en términos de costes económicos, beneficios y cuotas de mercado global, fueron sacrificados en aras a la dominación militar.

La desaparición de la URSS y la reducción de Rusia al estatus de «Estado roto», debilitaron a los Estados que eran sus aliados, «abriéndoles» a la implantación económica occidental, haciéndoles vulnerables al ataque militar occidental.

El presidente Bush (padre) percibió la desaparición de la URSS como una «oportunidad histórica» para imponer unilateralmente un mundo unipolar. Según esta nueva doctrina, EEUU reinaría de forma suprema a nivel global y regional. Las proyecciones del poder militar estadounidense operarían ahora sin ningún estorbo, sin «disuasión nuclear» alguna. Sin embargo, Bush (padre) estaba profundamente integrado en la industria petrolera estadounidense. Por tanto, trató de alcanzar un equilibrio entre la supremacía militar y la expansión económica. De ahí que la primera Guerra de Irak de 1990-91 provocara la destrucción del ejército de Saddam Hussein, aunque sin ocupar todo el país ni destruir la sociedad civil, la infraestructura económica ni las refinerías de petróleo. Bush (padre) representó un difícil equilibrio entre dos series de intereses poderosos: por una parte, las corporaciones petrolíferas ansiosas de acceder a los campos petrolíferos de propiedad estatal y, por otra, la configuración militarista del poder sionista dentro y fuera de su régimen. El resultado fue una política imperial que perseguía debilitar a Saddam identificándole como amenaza para los estados clientelistas estadounidenses del Golfo, aunque sin derrocarlo. El hecho de que siguiera en su cargo y continuara apoyando la lucha palestina contra la ocupación colonial del Estado judío irritó muchísimo a Israel y a sus agentes sionistas en Estados Unidos.

Con la elección de Bill Clinton, el «equilibrio» entre el imperialismo económico y militar cambió de forma espectacular a favor del segundo. Bajo el Gobierno de Clinton se nom-

bró a varios fervientes sionistas para muchos de los puestos estratégicos de política exterior de su Administración. Esto aseguró el bombardeo continuo e inmisericorde de Irak que destruyó su infraestructura. Este brutal giro se vio complementado con un boicót económico para destruir la economía del país y no solo «debilitar» a Saddam. De igual importancia es que el régimen de Clinton adoptara y promoviera el ascenso del capital financiero nombrando a conocidos miembros de Wall Street (Rubin, Summers, Greenspan y demás) para puestos clave, debilitando el poder relativo de las industrias petroleras y del gas como fuerzas motrices de la política exterior. Clinton puso en movimiento a los agentes políticos de un imperialismo altamente militarizado, totalmente comprometido con la destrucción de un país en aras a su dominación.

El ascenso de Bush (hijo) amplió y profundizó el papel del personal sionista-militarista en el Gobierno. Las explosiones inducidas que derrumbaron las torres del World Trade Center en Nueva York sirvieron como pretexto para precipitar el lanzamiento de la barbarie imperial y auguraron el eclipse del imperialismo económico.

Mientras la construcción del Imperio estadounidense se convertía en militarismo, China aceleraba su giro hacia el imperialismo económico. Su política exterior se encaminó a asegurar las materias primas a través del comercio, las inversiones directas y las empresas mixtas. Fue ganando influencia mediante fuertes inversiones en las infraestructuras, una especie de imperialismo del desarrollo, estimulando el propio crecimiento y el del país «anfitrión». En este nuevo contexto histórico de competición global entre un mercado emergente, dirigido por un Imperio, y un atávico Estado militarista imperial, el primero obtuvo inmensos beneficios económicos sin coste administrativo o militar alguno, mientras que el segundo vaciaba su tesoro para asegurar efímeras conquistas militares.

Como hemos explicado, la conversión del imperialismo económico en militarista fue en gran medida la consecuencia

de la omnipresente y profunda influencia de políticos de credo sionista. Los políticos sionistas combinaron habilidades técnicas modernas con lealtades tribales primitivas. Su singular búsqueda del dominio de Israel en Oriente Medio les llevó a orquestar una serie de guerras, operaciones clandestinas y boicots económicos que han paralizado la economía estadounidense, debilitando las bases económicas de la construcción imperial.

La deriva militarista de la construcción del Imperio en el actual contexto global postcolonial fomentó inevitablemente las invasiones destructivas de Estados-nación relativamente estables y funcionales, con fuertes lealtades nacionales. Destructivas guerras convirtieron la ocupación colonial en conflictos prolongados con movimientos de resistencia vinculados a la población general. De ahí que la lógica y práctica del imperialismo militarista llevara directamente a la barbarie y adaptación generalizada y a largo plazo del modelo israelí de terrorismo colonial contra toda una población. Esto no fue una mera coincidencia. Los fervientes defensores sionistas de Israel en Washington habían «bebido intensamente» de la fosa séptica de las prácticas totalitarias israelíes, incluyendo el terrorismo masivo, las demoliciones de casas, el saqueo de la tierra, los escuadrones de la muerte, los arrestos masivos sistemáticos y las torturas. Estas y otras prácticas brutales, condenadas por las organizaciones de Derechos Humanos del mundo entero (incluidas las existentes en Israel), se convirtieron en prácticas rutinarias de la barbarie imperialista estadounidense.

2.3. Los medios y objetivos de la barbarie imperialista

El principio organizador de la barbarie imperialista es el concepto de «guerra total». Total en el sentido de que 1) se aplican todas las armas de destrucción masiva; 2) toda la sociedad se convierte en objetivo; 3) se desmantelan, completamente,

los aparatos civil y militar del Estado y se reemplazan por funcionarios coloniales, mercenarios y sátrapas corruptos y sin escrúpulos. Se ataca a toda la clase moderna profesional por constituir una expresión del Estado nacional moderno y se la reemplaza por bandas y clanes retrógrados de carácter étnico-religioso. Se pulverizan todas las organizaciones existentes de la sociedad civil y se las reemplaza con compinches del saqueo vinculados con el régimen colonial. Se desarticula la economía entera mientras se bombardean las infraestructuras elementales como las referidas al agua, electricidad, gas, carreteras y sistemas de saneamiento, junto con las fábricas, las oficinas, los lugares del patrimonio cultural, los campos cultivados y los mercados.

El argumento israelí de objetivos de «uso doble» sirve a los políticos militaristas como justificación para la destrucción de las bases de una civilización moderna. Desempleo masivo, desplazamientos de población y retorno a los intercambios primitivos característicos de las sociedades premodernas son los rasgos que definen la «estructura social». Las condiciones sanitarias y educativas se deterioran y en algunos casos hasta desaparecen. La población se ve acosada por enfermedades que tendrían curación y las deformidades en los recién nacidos, como consecuencia del uso del uranio empobrecido, son las principales armas de la barbarie imperialista.

En resumen, el ascendiente del imperialismo brutal produce el eclipse de la explotación económica. El Imperio agota su tesoro buscando la conquista, la destrucción y la ocupación. Incluso son «otros» los que explotan la economía residual: los comerciantes y fabricantes de estados colindantes no beligerantes. En los casos de Irak y Afganistán: Irán, Turquía, China e India.

El evanescente objetivo del imperialismo brutal es el control militar total, basado en la prevención de cualquier renacimiento económico y social que pudiera llevar a una recuperación del antiimperialismo laico enraizado en una república

moderna. El objetivo de asegurar una colonia gobernada por compinches, dictadores y señores de la guerra de carácter étnico-religioso –que proporcionan bases militares y permiso para intervenir– es fundamental en toda la concepción de la construcción del Imperio de carácter militar. La eliminación de la memoria histórica de un Estado-nación moderno, laico e independiente y de su correspondiente patrimonio nacional resulta de singular importancia para el Imperio de la barbarie. Esa tarea se les asigna a los prostitutos académicos y publicistas afines que van y vienen entre Tel Aviv, el Pentágono, las universidades de la Ivy League (el grupo de las universidades más prestigiosas de EEUU) y las fábricas de propaganda para Oriente Medio en Washington.

2.4. Consecuencias y perspectivas

De forma muy clara, la barbarie imperial (como sistema social) es el enemigo más retrógrado y destructivo de la vida civilizada moderna. A diferencia del imperialismo económico, no explota el trabajo y los recursos, destruye los medios de producción, asesina trabajadores y agricultores y socava la vida moderna.

El imperialismo económico es claramente más beneficioso para las corporaciones privadas pero también coloca potencialmente las bases para su transformación. Sus inversiones llevan a la creación de unas clases trabajadora y media capaces de asumir el control en los momentos cruciales de la economía a través de la lucha nacionalista o socialista. En cambio, el descontento de la población asolada y el pillaje de las economías bajo la barbarie imperial han provocado la aparición de movimientos de masas premodernos étnico-religiosos, con prácticas retrógradas (terrorismo de masas, violencia sectaria, etc.). La suya es una ideología adecuada para un Estado teocrático.

El imperialismo económico, con su «división colonial del trabajo», extracción de materias primas y exportación de productos terminados, llevará inevitablemente a nuevos movimientos nacionalistas y quizá, posteriormente, socialistas. Aunque el IE destruye a los productores locales y desplaza, mediante las exportaciones industriales baratas, a miles de trabajadores de la industria, hace que aparezcan una serie de movimientos. China puede tratar de evitar esto a través de los «trasplantes de plantas». En contraste, el imperialismo brutal no es sostenible porque lleva a guerras prolongadas que drenan el tesoro imperial y hieren y matan a miles de soldados estadounidenses cada año. La población interna no puede aceptar interminables guerras imposibles de ganar.

Los objetivos de la conquista militar y del gobierno sátrapa son ilusorios. Una clase política estable, «arraigada», capaz de gobernar mediante consentimiento tácito o manifiesto es incompatible con los supervisores coloniales. Los objetivos militares «extranjeros», impuestos a los políticos imperiales mediante la influyente presencia de sionistas en los puestos clave, han asestado un golpe fortísimo en contra de la búsqueda de oportunidades de las multinacionales estadounidenses mediante políticas de sanciones. El recurso a la barbarie, impulsado por los altos gastos militares y por los poderosos agentes de una potencia extranjera, tiene importantes efectos en perjuicio de la economía estadounidense.

Es mucho más probable que los países que buscan inversión extranjera acepten empresas mixtas con exportadores económicos de capital que arriesgarse a atraer a EEUU con todo su ejército y sus clandestinas fuerzas especiales y otros tantos equipajes violentos.

Actualmente, el panorama global se muestra sombrío para el futuro del imperialismo militarista. En Latinoamérica, África y especialmente en Asia, China ha desplazado a EEUU como principal socio comercial en Brasil, Sudáfrica y el Sureste Asiático. Mientras, EEUU se revuelca en guerras ideo-

lógicas imposibles de ganar en países marginales como Somalia, Yemen y Afganistán. EEUU organiza un golpe en la diminuta Honduras, mientras China firma convenios con empresas mixtas por miles de millones de dólares en proyectos en torno al acero y el petróleo en Brasil y Venezuela y de producción de grano en Argentina. EEUU se especializa en apoyar Estados rotos como México y Colombia, mientras China invierte fuertemente en industrias extractivas en Angola, Nigeria, Sudáfrica e Irán. La relación simbiótica con Israel convierte a EEUU en el aliado ciego de la barbarie totalitaria y de inacabables guerras coloniales. En contraste, China profundiza sus vínculos con las dinámicas economías de Corea del Sur, Japón, Vietnam, Brasil y las riquezas petrolíferas de Rusia y las materias primas de África.

3. La tendencia a la barbarie y las perspectivas para el socialismo

Traducido por Ricardo García Pérez

Las sociedades y los Estados occidentales avanzan de forma inexorable hacia unas condiciones que recuerdan a las de la barbarie; los cambios estructurales están invirtiendo el curso de décadas de bienestar social y sometiendo al trabajo, los recursos naturales y la riqueza de las naciones a la explotación, el pillaje y el saqueo descarnados, además de hacer descender los niveles de vida y provocando unos niveles de insatisfacción sin precedentes.

En este epígrafe comenzaremos por esbozar los procesos económicos y militares que impulsan este proceso de degradación y descomposición para, acto seguido, ofrecer una explicación de las respuestas populares masivas a este deterioro de las condiciones. Los cambios estructurales profundos que acompañan el auge de la barbarie se han convertido en el fundamento para reflexionar sobre las perspectivas para el socialismo del siglo XXI.

3.1. La marea creciente de barbarie

En las sociedades antiguas, la «barbarie» y sus portadores, los «bárbaros», se percibían como una amenaza de invasores procedentes del exterior, venidos de ciudades remotas que se abalanzaban sobre Roma o Atenas. En las sociedades occidentales actuales, los bárbaros provienen del interior, de las elites de la sociedad, decididas a imponer un nuevo orden que destruye el tejido social y la base productiva de la sociedad convirtiendo unos medios de vida estables en condiciones para la vida cotidiana inseguras y que no dejan de empeorar.

Las claves de la barbarie contemporánea se encuentran en las estructuras profundas del Estado y la economía imperiales. Son las siguientes:

- 1) El ascenso de una elite financiera especulativa que ha saqueado billones de dólares de ahorradores, inversores, titulares de hipotecas, consumidores y del propio Estado, desviando cantidades ingentes de recursos de la economía productiva a manos de elites parasitarias insertas en la economía estatal y especulativa.
- 2) La elite política militarista ocupada en mantener una situación de guerra permanente desde mediados del siglo pasado. Las guerras incesantes, los asesinatos transfronterizos, el terrorismo de Estado y la suspensión de garantías constitucionales tradicionales han desembocado en la concentración de poderes dictatoriales, el encarcelamiento arbitrario, la tortura y la negación del hábeas corpus.
- 3) En medio de una recesión y estancamiento económicos profundos, los elevados niveles de gasto en la construcción de un imperio económico y militar a expensas de la economía nacional y del nivel de vida reflejan la subordinación de la economía local a las actividades del Estado imperial.
- 4) La corrupción en todas las altas del Estado y la actividad empresarial, desde las adquisiciones públicas hasta la pri-

vatización o las subvenciones a los millonarios, favorecen el crecimiento del delito internacional, la *lumpenización* de la clase capitalista y la existencia de un Estado en el que la ley y el orden han pasado a estar mal vistas.

- 5) Como consecuencia de los elevados costes de construcción del Imperio y del pillaje impuesto por la oligarquía económica, la carga socioeconómica ha sido depositada directamente sobre los hombros de los salarios y los asalariados, los pensionistas y los trabajadores autónomos, lo que se ha traducido en una reducción de la movilidad a gran escala y a largo plazo. Con la pérdida de puestos de trabajo y la desaparición de empleos bien remunerados, los desahucios en viviendas se han disparado y las clases trabajadoras y medias estabilizadas retroceden y se ven obligadas a aumentar el número de horas y años de trabajo.
- 6) A medida que las guerras imperiales se propagan por todo el mundo, hasta alcanzar a poblaciones enteras a través de bombardeos reiterados y actividades terroristas clandestinas, generan la oposición de redes terroristas, cuyo blanco también son los civiles presentes en mercados, medios de transporte y espacios públicos. El mundo parece el universo hobbesiano del «todos contra todos».
- 7) El aumento del extremismo étnico y religioso vinculado al militarismo se aprecia entre cristianos, judíos, musulmanes e hinduistas, ha sustituido a la solidaridad internacional de clase por doctrinas de supremacía racial ha penetrado en las estructuras profundas de Estados y sociedades.
- 8) La desaparición del colectivismo europeo y asiático en aras del bienestar (en la antigua Unión Soviética y China) ha aumentado la presión competitiva sobre el capitalismo occidental, y le ha animado a renunciar a todas las concesiones al bienestar otorgadas al trabajo en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial.

- 9) La «desaparición del comunismo» y la integración de la socialdemocracia en el sistema capitalista ha supuesto un grave debilitamiento de la izquierda, a la que las protestas esporádicas de los movimientos sociales no han logrado reemplazar.
- 10) Ante la actual arremetida a gran escala contra el nivel de vida de las clases medias y trabajadoras solo hay, en el mejor de los casos, manifestaciones aisladas y, en el peor, impotencia política.
- 11) La explotación masiva de la mano de obra en las sociedades capitalistas postrevolucionarias, como China o Vietnam, va acompañada de la exclusión de centenares de millones de trabajadores emigrantes de los servicios públicos educativos y sanitarios más elementales. El saqueo sin precedentes y la toma por parte de las oligarquías nacionales y las multinacionales extranjeras de miles de empresas públicas estratégicas lucrativas en Rusia, las antiguas repúblicas soviéticas, Europa del Este, los Balcanes y los países bálticos, han supuesto la mayor transferencia de riqueza pública a manos privadas en el periodo más corto de la Historia.

En resumen, la «barbarie» ha aflorado como realidad definitiva, fruto del ascenso de una clase dominante financiera parasitaria y militarista. Los bárbaros ya han llegado, están dentro de las fronteras de las sociedades y Estados occidentales. Tienen preponderancia y buscan de forma agresiva imponer un plan que reduce sin cesar el nivel de vida, transfiere riqueza pública a sus arcas particulares, esquilma recursos públicos, ataca salvajemente derechos constitucionales en su afán de librar guerras imperiales, segrega y persigue a millones de trabajadores inmigrantes y fomenta la desintegración y disminución de las clases medias y trabajadoras estabilizadas. Más que en cualquier otro periodo de la historia reciente, el 1% de la población, la clase más rica, controla una cuota de riqueza y renta nacional cada vez mayor.

3.2. Mitos y realidades del capitalismo histórico

El retroceso sostenido y generalizado de los derechos sociales y los recursos para el bienestar, los salarios, la seguridad laboral, las pensiones y los salarios demuestran que la idea de progreso lineal del capitalismo es falsa. La inversión del curso de los acontecimientos, fruto del poder reforzado de la clase capitalista, demuestra la validez de la afirmación marxista de que la lucha de clases es el motor de la Historia; al menos, en la medida en que la condición humana se considere el eje de la Historia.

La segunda suposición falsa es que los Estados basados en «economías de mercado» requieren paz, y su corolario de que «los mercados derrotan al militarismo» queda refutada mediante el hecho de que la principal economía de mercado, Estados Unidos, lleva en estado de guerra continuo desde comienzos de la década de 1940, implicada activamente hasta el día de hoy en guerras en cuatro continentes, y con un horizonte de guerras nuevas, mayores y más sangrientas. La causa y la consecuencia de la guerra permanente es el crecimiento de un monstruoso estado de seguridad nacional que no reconoce fronteras nacionales y absorbe la mayor parte del presupuesto nacional.

El tercer mito del capitalismo maduro «avanzado» es que revoluciona sin cesar la producción mediante la innovación y la tecnología. Con el ascenso de la elite militarista, financiera y especulativa, las fuerzas productivas han sido esquilmas y la «innovación» se localiza sobre todo en la elaboración de instrumentos económicos que se aprovechan de los inversores, los despojan de bienes y arrasan el empleo productivo.

A medida que crece el Imperio, la economía doméstica mengua, el poder se centraliza en manos de ejecutivos, las competencias legislativas merman y se niega a la ciudadanía la representación efectiva o, incluso, se la veta a través de los procesos electorales.

3.3. Las respuestas masivas al auge de la barbarie

El auge de la barbarie entre nosotros ha provocado repugnancia pública contra sus principales practicantes. Los sondeos ponen de manifiesto, una y otra vez:

- 1) El asco y el rechazo profundos que suscitan todos los partidos políticos.
- 2) La existencia de mayorías abrumadoras que desconfían profundamente de las elites empresariales y políticas.
- 3) La presencia de unas mayorías que rechazan la concentración de poder empresarial y el abuso del mismo, sobre todo en los banqueros y financieros.
- 4) El cuestionamiento generalizado de las credenciales democráticas de líderes políticos que actúan en nombre de la elite empresarial y fomentan las medidas represivas del estado de seguridad nacional.
- 5) El rechazo de una gran mayoría del saqueo de las arcas públicas para sacar de apuros a los bancos y las elites económicas mientras se imponen programas de austeridad regresivos a las clases medias y trabajadoras.

3.4. Perspectivas para el socialismo

La ofensiva capitalista ha causado sin duda un impacto de primer orden en las condiciones objetivas y subjetivas de las clases medias y trabajadoras, aumentando el empobrecimiento y provocando una marea creciente de descontento personal, aunque todavía no ha dado lugar a movimientos anticapitalistas masivos, ni siquiera a una resistencia dinámica organizada.

Las transformaciones estructurales importantes requieren avenirse a las circunstancias adversas actuales e identificar nuevas estrategias de acción y modalidades de lucha de clases y transformación.

Un problema clave es la necesidad de volver a crear una economía productiva y reconstruir una nueva clase trabaja-

dora industrial ante los años de saqueo económico y desindustrialización; no necesariamente las industrias «sucias» del pasado, sino industrias a todas luces nuevas que utilicen e inventen fuentes de energía limpias.

En segundo lugar, las sociedades capitalistas, enormemente endeudadas, requieren una deriva fundamental desde el militarismo y la construcción del Imperio, con sus elevados costes, hacia un tipo de austeridad de clase que imponga sacrificios y reformas estructurales a los sectores bancario, financiero y de comercio mayorista, que sustituyen la producción local por la importación barata de artículos de consumo.

En tercer lugar, reducir el sector financiero y minorista exige mejorar las destrezas de los trabajadores desplazados y de los empleados, así como reorientar el sector de las tecnologías de la información y la comunicación para adaptarlos a los cambios de la economía. Es un desplazamiento paradigmático desde el salario económico al salario social, en el que la educación pública y gratuita hasta los niveles máximos y la atención sanitaria universal, o las pensiones integrales, sustituyan al consumismo financiado con deuda. Estos pueden ser los cimientos para fortalecer la conciencia de clase frente al consumismo individual.

La pregunta es cómo avanzamos desde unos movimientos sindicales y sociales debilitados, fragmentados y en retirada, o a la defensiva, hasta una posición que permita lanzar una ofensiva anticapitalista.

En este sentido tal vez estén operando varios factores subjetivos y objetivos. En primer lugar, tenemos la creciente actitud negativa de unas mayorías inmensas hacia los políticos en ejercicio y, concretamente, hacia las elites financieras y económicas, a las que se identifica con nitidez como responsables del descenso del nivel de vida. En segundo lugar, existe la opinión popular, compartida por millones de personas, de que los programas actuales de austeridad son manifiestamente injustos, pues hacen pagar a los trabajadores la crisis que la

clase capitalista ha provocado. Hasta el momento, estas mayorías son todavía más «contrarios al *statu quo*» que «favorables de la transformación». La transición desde el descontento privado hacia la acción colectiva es una cuestión indefinida en lo relativo a quién es el sujeto y cómo es la acción, pero la oportunidad existe.

Hay varios factores objetivos que podrían desencadenar un desplazamiento cualitativo desde el descontento furioso y pasivo hasta un movimiento anticapitalista masivo. Una recesión «con dos crestas descendentes» o en forma de *w*, el fin de la actual recuperación anémica y el comienzo de una recesión/depresión más profunda y prolongada, podría desacreditar a los actuales gobernantes y a quienes los respaldan económicamente.

En segundo lugar, un periodo de austeridad profunda e interminable podría restar credibilidad a la idea actual de la clase dominante de que «es necesario sufrir para obtener beneficios en el futuro» y abrir las mentes y mover los cuerpos en busca de soluciones políticas que obtengan beneficios actuales haciendo sufrir a las elites económicas.

Las guerras imperiales interminables e imposibles de ganar, que desangran a la economía y la clase trabajadora podrían, en última instancia, crear conciencia de que la clase dominante ha «sacrificado la nación sin ningún propósito útil».

Asimismo, la combinación de una nueva fase de recesión, austeridad económica y guerras imperiales sin sentido, puede orientar el actual descontento generalizado y la hostilidad difusa hacia las elites económicas y políticas en movimientos, partidos y sindicatos socialistas.

4. El conflicto entre China y EEUU se recrudece

Traducido por S. Seguí

¿Desembocará inevitablemente en una conflagración mundial la intensificación del conflicto entre EEUU y China? Si consideramos la historia reciente como un indicador fiable,

entonces la respuesta es un rotundo sí. Las guerras más destructivas del siglo xx fueron consecuencia de los enfrentamientos entre las potencias imperiales establecidas y las potencias imperiales emergentes. Las prácticas y las políticas de las primeras sirven de guía para las segundas.

La explotación colonial que el Reino Unido infligió a la India, a sus mercados, hacienda, materias primas y mano de obra sirvió de modelo para la guerra y conquista que Alemania intentó en Rusia. La enemistad entre Churchill y Hitler tuvo tanto que ver con sus visiones imperiales comunes como con sus puntos de vista contradictorios en la política. Del mismo modo, el pillaje colonial de Europa y EEUU realizado en el Sudeste asiático y las ciudades costeras de China sirvió de modelo para la ofensiva colonizadora y explotadora de Japón en Manchuria, Corea y China continental.

En cada caso, el conflicto entre las potencias imperiales establecidas, pero estancadas, y las nuevas potencias imperiales dinámicas de desarrollo tardío condujo a guerras mundiales en las que sólo la intervención de otra potencia imperial en ascenso, Estados Unidos (junto a la proeza militar imprevista de la Unión Soviética), hizo posible la derrota de las anteriores potencias dominantes. EEUU, establecida después de la guerra como la potencia imperial dominante, desplazó a las potencias europeas, subordinó a Alemania y Japón y se enfrentó al bloque sino-soviético (Gabriel Kolko, *Políticas de Guerra*, 1974). Con la desaparición de la URSS y la transformación de China en un país capitalista dinámico, el escenario estaba preparado para un nuevo enfrentamiento entre el poder imperial establecido –EEUU y sus aliados europeos– y China, la potencia mundial emergente.

El Imperio de EEUU cubre el mundo con cerca de 800 bases militares (Chalmers Johnson, *Nemesis: The Last Days of the American Republic*, 2007), alianzas militares multilaterales (OTAN) y bilaterales, y una posición dominante en las denominadas instituciones financieras internacionales

(Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional) y los bancos transnacionales, firmas de inversión e industrias de Asia, América Latina, Europa y otros lugares.

China no ha desafiado ni copiado el modelo de EEUU de construir el imperio basándose en la capacidad militar. Y todavía menos el enfoque japonés o alemán de cuestionamiento de los imperios establecidos. Su dinámico crecimiento está impulsado por la competitividad económica, las relaciones de mercado guiadas por un estado de vocación desarrollista y la voluntad de pedir prestado, aprender, innovar y expandirse, interna y externamente, desplazando la supremacía estadounidense en los mercados regionales y nacionales de América Latina, Oriente Próximo y Asia, así como dentro de EEUU y la Unión Europea (James Petras, *The US and China: One Side is Losing, the Other is Winning* y *The US and China: Provoking the Creditor, Hugging the Holyman*, en www.petras.lahaine.org).

4.1. Las potencias imperiales establecidas

Las guerras mundiales y regionales, en la medida en que participaron las potencias dominantes (por mediación de los propios Estados o a través de otros subordinados), fueron resultado de los esfuerzos de estas por mantener posiciones privilegiadas en los mercados establecidos, el acceso a las materias primas y la explotación del trabajo a través de acuerdos bilaterales y multilaterales. Con frecuencia, unos acuerdos territoriales vinculaban al país imperial con los Estados y regiones dependientes, y excluían a los competidores potenciales. Las bases militares eran una imposición añadida sobre las zonas económicas controladas, mientras que redes de clientelismo político favorecían a los países imperiales.

Dado el privilegiado y temprano establecimiento de sus dominios, las potencias imperiales tradicionales presentaban

a las nuevas potencias como agresores que amenazaban la paz, es decir, su posición hegemónica. Al igual que las primeras, las nuevas potencias seguían un mismo patrón de conquista militar de Estados satélites coloniales y no coloniales antes en manos de los Estados establecidos, seguida por su saqueo (Herbert Bix, *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Harper-Collins 2000). A falta de redes, gobernadores déspotas y clientes, las nuevas potencias se apoyaban en el poder militar, los movimientos separatistas y quintas columnas (movimientos locales leales a la naciente potencia imperial). Los nuevos poderes alegaban que su «legítima» aspiración a una parte del poder mundial se veía bloqueada por boicoteos económicos ilegales en su acceso a las materias primas, y por sistemas mercantiles de tipo colonial que les cerraban sus mercados potenciales. La derrota de las nuevas potencias (Alemania y Japón) a manos de las anteriores potencias coloniales (Edward Miller, *Bankrupting the Enemy: The US Financial Siege of Japan before Pearl Harbor*, 2007), con el apoyo esencial de la URSS y EEUU, sentó las bases de un nuevo conglomerado imperial que competía y entraba en conflicto, sobre nuevas bases. La Unión Soviética creó un grupo de países satélites de carácter militar-ideológico limitado a Europa oriental en el que el centro imperial subvencionaba económicamente a sus clientes a cambio de su control político. La potencia estadounidense sustituyó a las potencias coloniales europeas a través de una red mundial de tratados militares y de la implantación forzada en los antiguos Estados coloniales mediante un sistema de dependencia neocolonial (James Petras y Morris Morley, «The Imperial State», en James Petras et al. *Class, State and Power in the Third World*, 1981).

El colapso del Imperio soviético y la implosión de la URSS abrió inmediatamente nuevas perspectivas en Washington en favor de un imperio unipolar sin competidores o rivales, la *pax americana* (*Defense Strategy for the 1990's*, publicado más tarde como *Defense Planning Guidance*, borrador 1992).